



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS
JUAN PERÓN

MOVIMIENTO

AÑO 1 - N° 9 - ENERO 2006

El peronismo en los 70

En el marco del Seminario "60 años de peronismo" organizado por el Instituto de Altos Estudios Juan Perón entre los meses de septiembre y diciembre de 2005, se llevó a cabo un encuentro titulado "El tercer peronismo" en el que expusieron Manuel Urriza, Carlos Fernández Pardo, Leopoldo Frenkel, Carlos Leyba y Ernesto Jauretche, con la coordinación de Mario Burkún.

Manuel Urriza, dirigente histórico del peronismo, fue presidente del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Perón, cumplió diversas funciones de gobierno y en el período analizado fue Ministro de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, cuando fue gobernador el compañero Oscar Bidegain. Escribió, entre otros libros, *El Perón que yo conocí*, *CGT y Atlas y Argentina y la universalización integradora como futuro*.

Carlos Fernández Pardo es Doctor en Ciencia Política, docente de la Universidad del Salvador y autor, junto con Leopoldo Frenkel, de un libro recientemente publicado: *Perón, la Unidad Nacional entre el conflicto y la reconstrucción*. También publicó, entre otras obras, *Organizaciones solidarias. Gestión e innovación en el Tercer Sector y Teoría política y orden internacional*.

Leopoldo Frenkel es Doctor en Derecho. Además de haber sido un muy joven amigo personal de Juan Perón, en ese período fue Intendente de la Ciudad de Buenos Aires.

Carlos Leyba es un economista proveniente del Partido Demócrata Cristiano. Fue miembro del equipo económico de José Ber Gelbard y autor del libro *Economía y política en el tercer gobierno de Perón*.

Finalmente, Ernesto Jauretche, compañero de la Juventud Peronista, participó en esos períodos en diversas actividades. Entre ellas, colaboró con Manuel Urriza en el Ministerio de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires. Publicó recientemente *Violencia y política en los 70*.

A continuación se reproducen extractos de sus exposiciones.

Manuel Urriza

Yo voy a comenzar con un comentario crítico cordial. En el programa figura "El Tercer Peronismo". Yo sé que ha sido puesto porque algunos intelectuales han tomado esta denominación de primer, segundo y tercer peronismo, donde parecieran comportamientos estancos y rígidos que separan totalmente uno del otro. Me parece sin embargo contradictoria con el sentido de la historia del peronismo, que es un fluir constante. Perón definía el devenir histórico como un devenir incluso fatalista, donde en cada etapa hay que escoger la montura para cabalgarlo. Todas las etapas llevan el nombre del peronismo, algo de constante debe existir en todas ellas.

En esta etapa yo quisiera centrarme en el momento en que el movimiento pierde a su líder, agregando una reflexión sobre el significado de Perón en la historia Argentina mediante las siguientes preguntas: ¿Fue Perón un revolucionario social y político? ¿Concibió y realizó cambios en la sociedad argentina de tal profundidad y envergadura que pueden llamarse cambios revolucionarios?

Perón nunca se planteó el carácter de revolucionario. Por lo menos yo le he oído decir que cuando tomaba una decisión o una medida, nunca pensaba si la medida era revolucionaria. El decía "Yo tomo las medidas que tomo pensando que sean buenas para el pueblo y para el país, y que sean los intelectuales quienes después la califiquen de revolucionaria, poco o muy revolucionaria".

Es una pregunta que los militantes peronistas no nos formulamos con frecuencia. Tampoco quienes íbamos a las grandes concentraciones de Plaza de Mayo, que eran una de las prácticas políticas del peronismo, nos estábamos preguntando si eso era o no revolucionario.

Pero el tema sí ha sido puesto sobre la mesa por algunos intelectuales que han reflexionado sobre el peronismo y usualmente no desde su óptica. Generalmente, concluyen que Perón no fue un revolucionario porque no produjo cambios de significación.

En algún momento,
los sueños dejan de ser sólo sueños.
Ese es el momento
en que un Banco deja de ser sólo un Banco.

Voy a intentar construir una respuesta invirtiendo el orden en que suele analizarse este tema. Generalmente, quienes reflexionan sobre esto comienzan por definir las categorías y después van a la realidad para ver si, según su criterio, entra o no el peronismo en las categorías abstractas que vienen del cientificismo político europeo. En cambio, yo voy a partir de la realidad, verificando, a partir de realidades verificables en la práctica, para después ir a la categoría de revolucionario.

Por ejemplo, recuerdo haber oído decir a Andrés Framini: "Cuando apareció Perón en 1945 en la Secretaría de Trabajo y Previsión, yo era un joven obrero textil, que como todos los trabajadores vivíamos con bajos salarios, sin protecciones sociales, con largas jornadas de trabajo y mucho maltrato de los capataces. Para mí eso era lo normal, pensaba que esa era la vida del obrero que me había tocado y me la tenía que aguantar. Perón fue el que me dijo que eso no era así, que eso era injusto, que había que cambiarlo y que se podía cambiar si nos uníamos con los compañeros en los sindicatos. Perón me abrió la cabeza. Desde entonces supe que no tenían derecho a explotarme". Lo que le pasó a Andrés Framini también le pasó a miles de trabajadores en la Argentina: Perón les abrió la cabeza. En otras ocasiones de la historia de América Latina e incluso del mundo, a este fenómeno ocurrido en la Argentina se le ha llamado revolución cultural.

Perón, en su *Modelo Argentino*, dice: "La conformación de nuestra doctrina que pueden aceptar todos los argentinos, porque tiene carácter de solución universal, constituyó la primera etapa de lo que podría denominarse la despersonalización de los propósitos que la revolución había encarnado en mí". Esto es cierto, porque Perón, si bien tomaba decisiones sin pensar si eran o no revolucionarias, también denominó al proceso que condujo como una revolución. "Tal vez porque yo sentía, desde mucho tiempo antes, vibrar la revolución total del pueblo y estaba decidido, tal como lo expresé a los trabajadores argentinos cuando asumí la Secretaría de Trabajo y Previsión el 2 de diciembre de 1943, a quemarme en una llama épica. La doctrina fue adoptada primero por los trabajadores. Yo los elegí para dejar en ellos la semilla. Lo acabo de expresar, ellos fueron mis hombres. Elegí a los humildes. Ya entonces había alcanzado a comprender que solamente los humildes podían salvar a los humildes". Un pensamiento de este tipo habría sido denominado en cualquier lugar de América Latina como un pensamiento revolucionario en lo social.

En 1912 Roque Sáenz Peña promueve la ley del sufragio universal. Después, con justicia ha sido calificada como una norma revolucionaria en el campo político. Pero fuera de esta ley quedaron las mujeres y los argentinos que habitaban en los Territorios Nacionales. En el período 1946-1951 Perón promovió una serie de leyes que significaron casi una triplicación de la cantidad de argentinos que tenían la condición de ciudadanos. Lo de Sáenz Peña fue calificado, con justicia, como una revolución política. Yo creo que lo

de Perón también merece ser calificado como una revolución política.

El antropólogo brasileño Darcy Ribeiro, en su obra *Las Américas y la Civilización*, dice lo siguiente: "Perón asegura a la Argentina una orientación francamente nacionalista e industrialista, una política exterior independiente frente a los norteamericanos e ingleses, cuyos intereses contraría y a cuya expoliación pone límites, así como una política de afianzamiento de los controles estatales sobre la economía. Perón vislumbró la necesidad de hacer pasar a la Argentina del agrarismo granero dependiente a un industrialismo independiente y de revolucionar las estructuras sociales y culturales con la incorporación protagónica a la sociedad Argentina de sus masas obreras y sus clases medias más deprimidas". Esta descripción de Ribeiro define en mi concepto una actitud soberana y revolucionaria.

En el plano de América Latina, los gobiernos de Perón expresan una amplísima solidaridad con los movimientos revolucionarios de aquella época. Citamos dos ejemplos, de Bolivia y de Guatemala. La revolución minera boliviana de 1952, que no hace más que expropiar las minas de estaño a grandes poseedores radicados en Estados Unidos. Perón invita a Juan Lechín a viajar a Buenos Aires, en señal de reconocimiento y de respaldo a las medidas de la revolución boliviana. En 1954, en Guatemala se produce la llamada Revolución Verde conducida por Jacobo Arbenz Guzmán, que expropia los plantíos de banano a capitales norteamericanos, a raíz de lo cual es derribado poco tiempo después por un golpe militar interno impulsado desde Estados Unidos. En la embajada de Argentina se asilaron 152 dirigentes obreros y políticos del gobierno de Arbenz y Perón mandó dos aviones de la Fuerza Aérea a buscarlos, los trae y los hace recibir en Buenos Aires en la CGT, brindándoles, como corresponde a la tradición de los argentinos, un gran asado de recepción.

También al volver en 1973, la única visita que hace en América Latina es a Perú, donde se estaba desarrollando la revolución peruana, liderada por un sector del ejército. Esta visita de dos días fue realizada nada más que para demostrar su solidaridad. Incluso cuando asume la tercera presidencia, Argentina es el único país del mundo que rompe el bloqueo y comienza a comerciar con Cuba. Era el Perón de los ochenta y pico de años.

Todos estos hechos son suficientes para reconocer actitudes políticas de compromiso francamente revolucionario. Perón no fue un líder de la revolución utópica, es decir, de la revolución que se declama pero que nunca se realiza. Perón, opino, sería un revolucionario de la revolución posible. La que se piensa, se planea y se lleva a cabo dentro de las condiciones máximas que la realidad permite.

A cierta izquierda que se niega a calificar a Perón de revolucionario, yo le recordaría un pensamiento de Antonio Gramsci, que en los *Cuadernos de la Cárcel* dice: "Las ideas son importantes y serias cuando son posibles de llevar a cabo. Si no son

posibles de llevar a cabo no son ni importantes ni serias”.

Perón tenía un concepto de la revolución que la dividía en tres etapas: la doctrinaria, la de eclosión y la dogmática. Fueron, creo yo, las etapas que él cumplió en el proceso revolucionario peronista. Bajando a la realidad este esquema, podemos situar la etapa preparatoria en el período 1943-1945. La eclosión, aquello que fue la toma de la Bastilla en la revolución francesa, la junta de gobierno en la revolución de Mayo o la entrada de Fidel Castro en La Habana, fue el 17 de octubre del 1945. Es la eclosión, el pueblo entrando como protagonista en la historia. Sólo que en la revolución peronista se da una circunstancia excepcional. Generalmente, dice Perón, en la eclosión se toma el poder por la violencia. En la revolución peronista se dio la circunstancia excepcional de que eclosionó el poder popular el 17 de octubre, pero se logró

el gobierno en un acto electoral y democrático que fue el 14 de febrero de 1946. Luego vino el proceso de institucionalización a través de la legislación que produjo el peronismo en esa etapa y que culmina con la Constitución de 1949.

Esas son las tres etapas que Perón creía que desarrollaba todo proceso revolucionario. Pero la de institucionalización fue interrumpida por el golpe contra revolucionario de 1955. En mi opinión, a partir de ese momento la revolución peronista queda inconclusa. Queda pendiente.

Todavía tenemos la revolución peronista pendiente de consumar en su totalidad. Los peronistas de este tiempo, más allá de las circunstancias políticas y de las luchas internas que podamos asumir, tenemos la gran asignatura pendiente de consumar y completar el proceso revolucionario peronista.

Carlos Fernández Pardo

La década del 70 fue la última en que se discutió ideológicamente. Esta discusión estaba vinculada a la acción, a proyectos de transformación práctica, a modelos de organización política, a métodos. Y estaban centradas en la cuestión del poder. Fue una época rica en este sentido. A la hora del balance, podremos considerar qué aprendizaje ha dejado a las generaciones posteriores.

Una de las cosas que se nota en los primeros estudios que se hicieron sobre el peronismo es que aparece siempre como un hecho histórico, una organización política de masas, un fenómeno nacional absolutamente solo. Efectivamente, la coyuntura del 45 fue un fenómeno histórico solo. Desde su origen resistió, probablemente hasta ahora, la posibilidad de ser aceptado en términos comparativos con otros movimientos similares.

Comparte, desde ya, características con los grandes fenómenos nacionales de masas de este siglo. Sin embargo, tiene peculiaridades que desde su origen lo plantearon como un hecho histórico solo.

Pero, prácticamente desde el comienzo de la década del 60, Perón abre las ventanas al mundo. Así, toda la formación política e ideológica del peronismo del 60 hasta el 70 inclusive, se realizó en torno a la experiencia y a la visión del contexto internacional.

El primer disparador que nos permite analizar la naturaleza del peronismo en el contexto internacional es el que Perón plantea bajo el nombre de *La hora de los pueblos*, designando un tipo de estructura histórica absolutamente nueva en la que podía leerse también el peronismo y en virtud de la cual el propio Perón establece el primer criterio comparativo, poniendo su propio movimiento en una dinámica histórica universal: los procesos de liberación nacional. Nosotros siempre habíamos impugnado, por formación, lo que considerábamos era consecuencia

de un acuerdo inter-imperialista para estabilizar el mundo después del 45. Para el peronismo, que venía del nacionalismo, siempre fue tentador asumir que en realidad el origen del Tercer Mundo quizás podía encontrarse en los movimientos nacionales europeos derrotados en el 45. Esta fue la versión que el nacionalismo mantuvo. Puesta entre paréntesis, puede tener algo de cierto.

Cuando nosotros impugnábamos esto, teníamos que ver qué fuerzas históricas se le oponían. Evidentemente, De Gaulle fue una de las primeras ventanas que permitió al peronismo verse en una estructura histórica mucho mayor. Vietnam fue otra. Y Argelia otra. A partir de ahí comienzan a formarse ideológica y políticamente, mediante lecturas e influencias, gran parte de las generaciones que comienzan a darse cuenta que en realidad una política nacional se explica desde el contexto internacional que le plantea sus retos, no en soledad. En este sentido, no sólo por la participación Argentina en bloques terceristas, sino por formar parte de esta estructura histórica mayor que tenía varias características. Un socialismo que simplemente construía un sistema de decisión y de propiedad pública nacional se daba en todo el Tercer Mundo. Un nacionalismo elemental con su propia reivindicación cultural y étnica, en algunos casos. Un antiimperialismo real y activo. Con la ruptura chino-soviética, inmediatamente Perón puso a China en la misma estructura del Tercer Mundo, con lo cual potenció también que el peronismo pudiera leerse en las experiencias de liberación del sudeste asiático. Esto para todos nosotros constituyó un elemento de análisis y de formación. Nos leíamos en esta experiencia y otros movimientos latinoamericanos también lo hacían.

En general, las ideas que se empiezan a dar en ese momento comienzan, quizás sin método, a percibir tres niveles de análisis que hoy son decisivos. El peronismo como

movimiento, el peronismo como régimen y el peronismo como partido.

La formación ideológica de la juventud fue movimientista por naturaleza. Asumía un nacionalismo integrador y cohesivo, un principio de lealtad vertical subjetiva y objetiva hacia Perón. Tomaba también el concepto de pueblo y no el de sociedad. Son categorías opuestas. Dentro del peronismo coexistían corrientes, formas de interpretación que de ninguna manera eran debates simplemente intelectuales, porque fueron ideas que tuvieron consecuencias. Y dieron lugar a un pensamiento político.

El pensamiento político de los 70 estuvo absolutamente ligado a la acción en cualquiera de sus formas, en sus ortodoxias y desviaciones. Generaba determinado tipo de compromisos y lealtades. Muchos entendíamos que en el seno del movimiento nacional se resolvían los conflictos de clase, de fracción y de sectores. Veíamos al movimiento nacional como una suerte de licuadora de contradicciones que se dan en el seno de la nación.

En este desarrollo de las ideas no sólo hubo causas externas, vale decir, el reflejo del peronismo de poder verse en una estructura histórica mayor. También hubo causas internas. La primera fue que el éxito que tuvo Perón en ir derrotando todas las variantes proscriptivas desde el 55 hasta su retorno. Así se van desprendiendo sectores generacionales y políticos de todo lo que él derrota. El peronismo creció con lo que Perón derrotó. Con sus hijos, con sus parientes, con sus aliados o con sus amigos. Esta capitulación permanente del antiperonismo agotó en la Argentina la fórmula política. La "fórmula política" del antiperonismo era la proscripción. No existía otra. Estructuras legales proscriptivas, condicionamientos legales proscriptivos, represión abierta.

También el antiperonismo veía el contexto internacional, que era insostenible para la dictadura Argentina en los principios de los 70. Cuando Vietnam prácticamente se cae y empieza un proceso de fractura y discusión en las elites norteamericanas; cuando Estados Unidos está en el nivel más bajo de su presencia y de su prestigio; con los tres componentes del poder devaluados, el prestigio, los recursos y la influencia; en ese momento se produce el retorno de Perón. En esa brecha internacional que él aprovecha y los militares argentinos ya no pueden cerrar. Se trata de una causa interna, por la discusión que provocó entre nosotros.

La segunda causa interna fue la apertura que tuvo la generación del 70 hacia la Historia Argentina. En realidad, esta causa es la más importante, porque el primer elemento para entender el peronismo no tiene que estar en la comparación con otros movimientos, sino en la historia nacional. La clave de los éxitos, los fracasos, los tipos de conducción y de liderazgo, tienen que estar en la cultura política nacional. Nos volvimos peronistas históricos, en el sentido de que empezamos a ver el peronismo no con la estructura internacional de *La Hora de los Pueblos*, sino también como un proceso interno que tratamos de ir datando hacia atrás. Esto también produjo

ciertas distorsiones. El revisionismo histórico cumplió una función muy importante, pero quizás de la década del 70 para adelante nos dice poco de la unidad nacional.

Acá el problema estratégico es la unidad nacional. La generación del 70, cuando leía a los revisionistas históricos, buscaba la contradicción mayor en el pasado. A veces no nos percatábamos de que la construcción de la nacionalidad se hace con antagonistas y protagonistas. La historia nuestra y la construcción del Estado Argentino son hijos de la guerra civil. Este es un país que ha tenido cultura de guerra civil. Parte de nuestra interpretación era que el retorno de Perón venía a culminar la guerra civil. Perón vino a clausurar una revolución.

Nuestro problema ahora, con este bagaje de experiencias históricas, es qué hacemos con nuestra identidad. Porque también convengamos que del 83 para aquí no hay peronista que no se pregunte si el gobierno que tenemos es peronista o no. Cuando nos empezamos a preguntar por nuestra propia identidad, tenemos que volver a revisar muchas cosas. Probablemente, el peronismo sea la posibilidad de pensar la nación en sus distintas posibilidades, desde la unidad.

Perón fue desarrollista. Sin embargo, cuando en el pasado se discutía la política económica se atacaba fieramente a Frondizi. ¿Por qué? Porque la historia en realidad es como una brújula, según el norte al que apuntemos la cola de la brújula barre el pasado.

El peronismo está también, siempre y permanentemente, reestructurando su pasado. Por lo menos esa generación tuvo la posibilidad de lo que se llamó la peronización. Muchos sectores venían de otros orígenes políticos y venían a cumplir ideales y realizaciones no verbales, porque fue una generación que se hizo cargo de las ideas. Fue la última generación que dio testimonio. También en su formación ideológica incluyó una dimensión ética y de compromiso. De alguna manera fue un destino generacional. Han pasado muchos años y la crisis de las ideologías quizás desnaturalice esta exposición, pero me refiero a esto expresamente, porque los 70 fueron una época del país donde por primera vez las ideas tuvieron consecuencias. Hoy probablemente no las tengan, porque las palabras ocultan ideas. En ese momento, las discusiones intelectuales tenían como cuestión central la organización y el poder. Cuando el pensamiento se organiza y piensa organizadamente en formas de poder, las ideas empiezan a tener resultados.

Por último, la tercera causa interna que conformó el horizonte intelectual de la época, se dio en algunas disciplinas y como en el caso de las Ciencias Sociales en base a la impugnación de los modelos universalistas y comparativistas. Hubo una serie de intelectuales en la universidad que siempre descalificó el liderazgo político, como una prueba de inferioridad intelectual. Pero hubo cátedras, personas de nuestra generación, que pensaron estas cuestiones, dentro de un movimiento que se llamó Cátedras Nacionales. Así surgió

un debate en torno a la cuestión de las Ciencias Sociales, tratando de recuperar la particularidad histórica y sociológica del peronismo como tal. También constituyeron una fuente de formación la difusión que tuvieron en los sectores medios de las publicaciones y la agitación que se produjo en torno a estas cátedras.

La síntesis tenía que estar en algún lado, porque la juventud del 70 no venía del peronismo. El triunfo histórico, el triunfo sociológico de Perón, fue haber ganado las clases medias a la oligarquía. Esto fue clave. Y

en este sentido, estos sectores traían una formación de origen que trataron de combinar con la trayectoria peronista y empezaron a generar interpretaciones y puntos vista. Perón pudo conducir todo eso.

La síntesis de los distintos orígenes culturales y políticos de la generación del 70 no fue realizada, fue destruida violentamente. La muerte de Perón desató, acuerdos, lealtades, contratos, negociaciones y una lucha frontal de todos contra todos. Al final, la dictadura impidió esa síntesis. Probablemente pueda hacerse esa síntesis en estos años que vienen.

Leopoldo Frenkel

Me voy a referir a un tema cuya historia está todavía pendiente de ser escrita, que es la formación de los grupos tecnológicos, proceso al que Perón llamó "el acopio de materia gris" en la década del 70.

Quizás, de alguna manera, esa historia no fue escrita porque en aquel entonces funcionamos todos como compartimentos estancos, y de alguna forma quizás hoy tenemos que reunirnos para escribir eso que todavía está pendiente.

El proceso de formación de los grupos técnicos mostró dos cosas a partir del año 69 hasta la llegada del peronismo al poder. En primer lugar, la preocupación constante de Perón -que ya había mostrado desde su participación en el movimiento militar del 43 como Secretario de Trabajo y Previsión y como vicepresidente de la Nación- de prepararse para la función de gobierno. El otro aspecto digno de ser señalado, que fue importante en esta etapa, fue la recuperación por parte del peronismo de los sectores intelectuales, de los sectores medios, que habían perdido en el 55 y que vuelven a acompañar, en el último tramo de su exilio, a Perón.

Me veo obligado, por razones obvias, a hablar de una historia, en cierto modo personal, porque tuve en eso una directa participación a partir de 1969 y 1970. En aquel entonces el delegado personal de Perón era Jorge Daniel Paladino. Con él comenzamos a conversar sobre una idea que Perón tenía ya en Madrid de empezar a armar equipos técnicos y algunos consejos de estudio para la temática económica y social.

A fines de 1970, viajé a España. Pasé allí tres meses y tuve ocasión de reunirme varias veces con el General ya con un esquema algo más afianzado. Nosotros proponíamos la formación de un Consejo de Planificación, nombre que habíamos adoptado a partir de un organismo que dependía de la Secretaría de Asuntos Técnicos de la presidencia -cuando se elaboró el Segundo Plan Quinquenal- y que por entonces se denominaba Consejo Nacional de Planificación, un organismo creado para compatibilizar los planes sectoriales.

Perón en ese momento estaba preocupado por lo que él llamaba el último golpe que debía darse a la dictadura militar. Él ya pensaba que la salida estaba próxima e

impartió instrucciones precisas al comando táctico, a Jorge Daniel Paladino, para que comenzara a organizar estos equipos.

En el mes de enero de 1971, volviendo a la Argentina desde España, fui portador de un documento que envió el General a su delegado personal. Perón decía allí que la conducción se manejaría a través del Consejo Superior, las 62 organizaciones, las delegaciones provinciales, las formaciones especiales y los equipos técnicos de planificación.

La actividad relacionada con estos grupos empezó a desarrollarse de un modo notable. En el mismo verano del 71 -ya en Buenos Aires- recuerdo que tuve algunas reuniones con Licastro y otros compañeros que habían estado con el General a fines del año anterior y estaban organizando el Comando Tecnológico Peronista.

Ese mismo año, poco después, el encuadramiento -una organización del Movimiento- formó junto con el doctor Juan D'Alessio -un científico que trabajaba en la Comisión Nacional de Energía Atómica- sus propios grupos técnicos, y a fines de ese año, el doctor Rolando García, que había sido decano de la Facultad de Ciencias Exactas durante la gestión de Romero, visitó al General en Madrid.

Estos grupos reclutaban técnicos y profesionales, y reitero, funcionaban como compartimentos estancos. A medida que se acercaba la decisión electoral, ya producido el primer regreso del General, los grupos técnicos se reunieron con Perón en Gaspar Campos. Allí asistieron Licastro, García, D'Alessio y quien les habla. Fue un año de gran actividad. El Consejo de Planificación, en particular, había recibido un fuerte apoyo del Comando Superior Peronista y el doctor Cámpora había apoyado su labor.

En el verano del 73, ya durante la campaña, se intentó hacer una suerte de coordinación de los planes de gobierno. Para ello el doctor Cámpora designó a un colaborador suyo, el doctor Peláez, quien convocó al doctor D'Alessio, a Rolando García y a mí. Hubo debates sobre medidas a aplicar, el rol que debía cumplir el Estado en la economía, etc. En total fueron tres o cuatro reuniones que lamentablemente no condujeron a nada y

finalmente el doctor Peláez informó al doctor Cámpora que se suspendía la experiencia.

Luego del triunfo electoral del peronismo en marzo del 73, empezó la organización del nuevo gobierno. El general Perón tomó la decisión de que la conducción económica fuera responsabilidad de la Confederación General Económica. Por lo que recuerdo de aquella época, esta decisión al principio no fue del agrado del doctor Cámpora. De todas maneras, la resolución de Perón ya estaba tomada y así entonces se nos instruyó personalmente para que tomáramos contacto con la CGE y la CGT para compatibilizar los programas de gobierno.

Con la CGT prácticamente no tuvimos ningún tipo de problemas, porque justamente gracias a la presencia de una gran cantidad de laboristas que colaboraban con la central obrera, los planes sobre los que estábamos trabajando y los de la CGT estaban previamente acordados.

Más delicado fue el tratamiento del programa económico con la CGE, porque nosotros no teníamos un contacto directo con la central empresaria. Pero la directiva del doctor Cámpora de ajustarnos al deseo del General de que la conducción económica quedara en manos de la Confederación General Económica nos llevó a trabajar de una forma muy particular. La CGE traía su temática, nosotros la discutíamos y sobre los acuerdos logrados se comenzaban a preparar los acuerdos de leyes.

En mis archivos han quedado algunas de esas actas que son interesantes porque muestran que rápidamente, en el último tramo antes de la asunción del gobierno, entre abril y mayo del 73, prácticamente se logró acuerdo sobre una cantidad importante de temas, entre ellos, sobre la política agraria,

minera, industrial y la ley de promoción y de protección industrial. Fueron todos proyectos que se trabajaron conjuntamente con la central empresaria y tal como fueron elaborados se presentaron, conformando el primer paquete de leyes.

Otro tema que se discutió con la CGE era la estructura ministerial que iba a adoptar el área económica. La propuesta del Movimiento Justicialista era volver de alguna forma a la última Ley de Ministerios del año 1954, que creaba secretarías del Poder Ejecutivo: estaban la Secretaría de Defensa Nacional, de Asuntos Técnicos, de Asuntos Políticos y una de Asuntos Económicos, que partir de 1954 y hasta la caída de Perón estuvo en manos de Alfredo Gómez Morales. Esa Secretaría coordinaba la labor de los ministerios de la Constitución. La idea que se le propuso a la CGE era volver a ese modelo. Sin embargo, esta idea no prosperó, básicamente porque Gelbard no estaba de acuerdo.

Nosotros llegamos al 25 de mayo prácticamente con la labor cumplida. Recuerdo que el Ministro de Economía Gelbard convocó a los equipos técnicos y ofreció su integración, o parte de ellos, a las funciones ministeriales. De alguna manera eso se hizo y fue un factor positivo.

Esta experiencia fue quizás la más importante que vivieron los sectores profesionales en la década del 70. Quizás el único precedente que hubo en los años que corren entre el 55 y el 73 fue la experiencia del desarrollismo a fines de la década del 50, con la incorporación de profesionales a la labor del doctor Arturo Frondizi. Lamentablemente, los años que siguieron mostraron que nunca más fue posible organizar -ni en el año 83, ni en el año 89- equipos de esa entidad para preparar al peronismo para la acción de gobierno.

Carlos Leyba

Yo voy a tratar de plantear la historia desde otro punto de vista. Estamos hablando de una época donde esa frase de Fernández Pardo, "las ideas tuvieron consecuencias", me parece muy interesante. Y esta segunda idea que apunta Frenkel sobre el valor del pensamiento de los profesionales, los técnicos y los intelectuales para pensar la política, también tiene una altísima jerarquía. Para los jóvenes, fue una época en la que era central la discusión sobre el rumbo que debía tomar la Nación y qué debía hacer el Estado por ella. De tanto discutirla, ocurrió que mucha gente se encontró con que pensaba lo mismo, independientemente del punto de partida y también independientemente de la estación donde se bajaba.

La dimensión de aquella crisis ni remotamente es la de todos y cada uno de los 30 años que le sucedieron. Creo que este es el contexto que hay que analizar. Claramente, la Argentina es un país en decadencia desde 1974 a la fecha. Decadencia moral, decadencia educativa, económica y social. No lo voy a

mostrar con los números, simplemente creo que quien tiene piel lo ha sentido de esa manera. No ha habido ni un pedacito de respiro, mas allá de sacar un rato la cabeza y volver al agua profunda, sintiendo que uno se ahoga e imaginando que la perla está en algún lugar. Yo lo siento así, lo vivo así.

Mirando para atrás, todo parece más grave aún, porque hay una suerte de extravío del alma. Y es así porque me tocó a mí particularmente, como les tocó a otros jóvenes de mi extracción, viniendo de un antiperonismo militante, descubrir que uno tenía mucho más de peronista de lo que imaginaba. Si se trataba de las cosas profundas que el peronismo significa, francamente se trata de una revolución. Lo que pasa es que el revolucionarismo de Perón tuvo la originalidad de una revolución sin costos. Ese es el arte del conductor político, poder cambiar la sociedad pagando el costo menor.

Como consecuencia de ello a mí me tocó, por ejemplo, escribir muchas de las

declaraciones de la CGT, cuando José Ignacio Rucci fue secretario general. Y entre ellas, una que comienza diciendo “Hombres y mujeres sin trabajo...”, que dio lugar a lo que luego fueron las coincidencias programáticas del lado de la CGT. Porque nos escandalizábamos de una tasa de desempleo del 7%. Que había durado un ratito, pero era terrible para aquellos tiempos. Y era terrible porque toda la clase obrera sindicalizada, ocupada, luchaba por el pleno empleo de todos los trabajadores. Y no por el salario sólo de algunos. Había una conciencia de clase obrera luchando por el empleo y consecuentemente de un empresario obligado a generar un espacio productivo para poder mantener la empresa en función, porque de lo contrario no se paraba a los autos en la calle, se paraban las fábricas. Es una cosa muy diferente. Hoy no se puede parar las fábricas, porque hay pocas y tienen pocos obreros, en realidad hay más gente afuera que adentro. Y lo que se para es lo que está afuera y no lo que está adentro.

Ese escenario que describo era el que hacía posible que hubiera coincidencias. Esta pequeña historia del 73 del Perón que yo conocí, del Perón para el cual yo trabajé, empezó creo con una fecha que fue radical. Es el documento de la “Hora del Pueblo” que firmó Ricardo Balbín y que abrió el camino de la comprensión por parte de Radicalismo de que finalmente la democracia tenía una cara política y no era sólo una declaración. Ello convocó partidos, reuniones, documentos de la CGT y de la CGE. La cosa estuvo muy orquestada por las coincidencias programáticas de los partidos políticos y las organizaciones económicas y sociales.

No es banal volver visitar el nombre. Primero, eran programáticas: la gente hablaba de un programa, de lo que íbamos a hacer. Esas coincidencias comprometieron, como dijo recién Frenkel, 20 leyes que se sancionaron en la primera etapa del gobierno de Cámpora por unanimidad. Fueron votadas por todos los legisladores, simplemente porque todos sus partidos habían firmado esas declaraciones. Todos habían firmado esas leyes y lo que hacía el gobierno, cosa notable, era cumplir lo que había prometido.

Este es el primer dato que me parece importante rescatar de aquella época. Más allá del origen político de unos y otros, este era un escenario previamente trabajado por realidades intelectuales e ideológicas, donde era posible coincidir en torno a un programa, porque se entendía que el Estado estaba allí para el servicio a la Nación.

El Estado no era un coto de caza de algunos intereses, sino que era un lugar donde se realizaba una política, popular o no, pero una política compartida por la Nación. Los partidos firmaron, los trabajadores firmaron, los empresarios firmaron. La paradoja de aquellos años es que los partidos representaban algo. Yo digo partidos y no movimientos, porque el peronismo estaba, pero además estaban las ramas del peronismo que son parte del movimiento. Pero representaban gente, cosas, ideas.

La dirigencia sindical representaba algo, los sindicatos que dirigían la organiza-

ción gremial eran sindicatos de trabajadores no del sector servicios, sino del sector productivo. Es una diferencia notable. En segundo lugar, los trabajadores eran trabajadores y no empresarios, y en tercer lugar los empresarios eran propietarios y no empleados. En la actualidad, la mayor parte de los empresarios son empleados de empresas extranjeras y en general, las direcciones sindicales están formadas por gente que tiene la suerte de poder tener dos trabajos. Uno como empresario, otro como sindicalista, con lo cual el concepto de representación es muy complejo. En aquel tiempo era bastante más sencillo.

Por eso es que Perón, en el 74, asediado por la crítica de ciertos intereses y alentado por la confusión de algunos sectores, aclaró que la columna del movimiento peronista y de ese programa era la clase obrera. Pero no por una visión clasista, sino, para mí, por una visión sistémica. Un país que tiene un movimiento obrero capaz de defender el pleno empleo, es un país que tiene alguien que se ocupa de que no falte el ingreso. Y si alguien se ocupa del ingreso, los empresarios se tienen que ocupar de la productividad. Y si hay crecimiento de la productividad, del ingreso y pleno empleo, lo digo en términos “perucas”, hay felicidad de pueblo y grandeza de la nación.

En ese periodo un sector empresarial incluyó paradójicamente a todos los sectores empresariales, porque luego se fueron sumando todos. Solamente no se incorporó a este proceso de la concertación el grupo agrario de la provincia de Buenos Aires que presidía el doctor Aguado, que naturalmente fue funcionario de la dictadura y luego funcionario de Macri, lo cual habla de una coherencia consistente y respetable. El resto de los empresarios se unió a este entendimiento, por supuesto no por generosidad, porque de eso no se trata, sino porque era un camino que parecía expedito para que la Argentina creciese en ese concepto que acabo de decir previamente. Nosotros manejamos la economía a pesar de que no cumplíamos con la normativa que sugería Gómez Morales, de lo que me alegro. Trabajamos con el concepto de concertación, algo que obviamente es extremadamente ajeno y que voy a comentarles, tiene que ver con el más alto nivel de la teoría económica.

Ustedes habrán visto la película “Una mente brillante” donde un premio Nobel, Nash, desarrolla la teoría de los juegos y establece claramente que la cooperación es una instancia superior a la competencia. Pero hay una restricción: para que la cooperación funcione, quienes hacen el juego cooperativo deben tener representación. Y este es el problema, lo dije antes. En un país donde los sectores sociales y políticos no son representativos, la cooperación no maximiza.

En aquel tiempo, la cosa tenía sentido técnicamente. Desde el punto de vista de la economía, ese modelo de la concertación tenía un fundamento teórico. Porque todo el mundo representaba algo real, no quiero decir que representaba íntegramente la totalidad. Alberto González Arzac (presente en el público) bien sabe lo mucho que trabajó el

Consejo de Inversiones en la concertación al interior de las provincias para hacer el Plan Trienal. Programa que hicimos con el Instituto de Planeamiento Económico.

Finalmente, hicimos el plan que, mas allá de los detalles, fue hecho con la idea de concertar en los sectores sociales, provinciales, regionales, en un marco de entendimiento. Llegamos a hacer cerca de 1.600 reuniones de concertación para dar lugar a un plan, que no era un plan de promesas, sino que surgía de las 20 leyes que habíamos sancionado primero.

La secuencia fue, entonces, concertación y acuerdo progresivo, avanzado, político, social, empresarial, sindical, paquete de leyes, normativas, orientación histórica, sanción de las leyes, concertación de los proyectos a niveles provinciales, regionales, de todas las características que ustedes se puedan imaginar. Realmente créanme que había un espíritu de movilización extraordinario. Y todo eso se sintetizaba en un programa que se realizaba por la misma gente que trabajaba en el CONADE.

Lo que quiero marcar es el Perón que yo conocí, el de la tercera etapa, con el que trabajé. Me tocó a mí exponer frente a él el Plan Trienal. Hizo un discurso fantástico a las 8 de la mañana, sin ningún papel, sobre el contenido y las líneas que él entendía que era la planificación. Esto es muy importante, porque cuando la política no tiene plan, no tiene ética. La única manera en que la política escape a la tentación

de la decisión ocasional es un plan de compromiso público que le dé a la política un carácter moral. El plan es ética en acción.

Y eso no lo digo yo, es filosofía política y además era el mensaje de Perón. Lo hizo con sus planes quinquenales y en su última etapa con el Plan Trienal. Y también lo hizo en una proyección, que es el *Modelo Argentino*, que también era una idea de planificación. Plan, Estado, concertación, entendimiento social y búsqueda de representaciones.

Toda esa amalgama estaba destinada a una visión clara de nación. Una visión nacionalista, tramada sobre esas dos cosas que él llamaba grandeza de la nación y felicidad del pueblo, que obviamente no tenían ahora el esplendor de la primera etapa. En esa época no lo pudimos hacer. Y como dijo Frenkel, no sólo fue la muerte de Perón, sino el asesinato de Rucci lo que definitivamente nos comió desde adentro. Porque si bien es cierto que la ética unida al plan y que la concertación es un valor, no es menos cierto que la política tiene carne de seres humanos.

No hay demasiados Ruccis. Yo, un chico sorprendido de ver a todos los hombres con ametralladoras que lo rodeaban, lo oí cuando dijo "firmo el pacto social y sé que con esto firmé mi sentencia de muerte". Lo hizo por el país. A lo mejor tenía muchas minas y hacía cosas raras, pero era un patriota y lo mataron, y ahí empezó la debacle de la que no pudimos salir.

Ernesto Jauretche

Es interesante estar sentado aquí, yo que soy técnico mecánico, con mis compañeros intelectuales. Porque hay una tarea que también tenemos que hacerla desde otros lugares. No solamente se construye y se recupera la memoria desde donde se realizaron las grandes actividades, sino también desde el lugar que ocupamos los militantes, en el piso de la patria, en el territorio.

Es una mala costumbre del peronismo y sobre todo de los sectores más militantes, no teorizar sobre su experiencia, no elaborarla, no reflexionar, no trabajarla. Es tanto así, que muchos de nuestros teóricos terminan yéndose o desertan directamente y se pasan a otro bando...

Yo he escrito mi crítica a la idea de que existe una generación del 70. Creo que existe una generación del 60 y no una del 70. La del 60, que empieza en 1955, se expresa en los 70, pero en realidad se constituye como tal en el ejercicio concreto de la resistencia, de la democracia obrera, de la lucha política en el marco de la proscripción absoluta durante la década del 60.

Es muy difícil que hoy podamos reconstruir nuestras fuerzas desde el punto de vista de un territorio social tan golpeado como el que tenemos, donde es necesario reconstituir nuevas redes, nuevas relaciones, la

sociedad Argentina. La crisis que estamos viviendo no es una crisis política o económica, es claramente una crisis de integración social, de identidad. No existen más las clases, eso está claro, pero no existe ni siquiera el intento de sentir solidaridades. Hay que reconstruir las propias solidaridades que han sido destruidas. ¿Cómo se construyeron estas solidaridades? ¿Por qué nosotros en el 72 pudimos traerlo a Perón de vuelta? ¿Qué pasó entre el 55 y el 72?

En los 18 años de proscripción política, el peronismo se replegó sobre el movimiento social. Esto no lo vemos hoy. Vemos la movilización social, los piqueteros, los pibes que están apoyando, pero parece que fuera una cosa que no tiene nada que ver con el Partido Justicialista, con las elecciones, con todo lo demás. No vemos que es el movimiento social lo que nutre la política. Lo tenemos como divorciado del ejercicio concreto de la política.

Yo trabajaba en una fábrica de bebidas sin alcohol, con un dirigente sindical que más vale olvidarlo. Pero había una cosa muy linda, muy interesante: mientras el peronismo estaba proscrito y estaba vigente el decreto 4161, nosotros hacíamos una práctica cotidiana de democracia en el taller, en el laburo. Había que elegir un delegado y hacíamos toda la ceremonia, una urna

cuadradita, así fuera de cartón. Hacíamos lista, había una comisión electoral, había alguien que después iba a abrir y a decir: esto está bien, votaron, o no votaron. Hacíamos toda la pantomima de la elección dentro de la fábrica. Porque teníamos necesidad de expresarnos, porque teníamos necesidad de una práctica democrática.

Resulta que después a la democracia la administraron los partidos políticos, no más la clase trabajadora como era hasta el año 72. Está claro, ahí dentro se refugió la democracia y llegó el punto en que ese movimiento social conducido por la clase trabajadora organizada y unida en una única CGT disputó el monopolio de la política a los partidos. Framini, dirigente sindical, fue gobernador de la Provincia de Buenos Aires.

Nadie podía gobernar mientras existía esa fortaleza social que no solamente era la CGT, era ella liderando un proceso social de organización desde abajo, que hacía que donde se juntaban tres se formara un sindicato, una asociación, un club. ¿Cómo reconstruimos hoy una fuerza política para enfrentar los desafíos que está enfrentando a nivel nacional e internacional una Argentina devastada? Bueno, empecemos a pensar si no empezamos por aquella célula básica desde donde se empieza a construir el poder. El poder se construye desde abajo, no desde arriba.

Yo me acuerdo del debate del año 69: “¿Nosotros qué somos, juventud o peronista? ¿Cuál de los dos términos de este debate es más importante?”. Ocurrió el Cordobazo y se fue todo al demonio. Estaba claro lo que éramos. No éramos sólo juventud. Éramos trabajadores, militantes, peronistas, luchando en conjunto con todo el mundo. Pero todos estos debates hay que volver a darlos en la Argentina de hoy. Es tal la crisis que hasta las palabras han perdido su significado.

Hasta el lenguaje hemos perdido, tenemos que reconstruir todo esto y ello implica una fuerte reflexión hacia adentro de nosotros mismos. Recoger todas estas experiencias en cada circunstancia y elaborarlas para poder ser capaces de hacer frente a este desafío que tenemos de una Argentina partida por la mitad, como un pedazo dentro

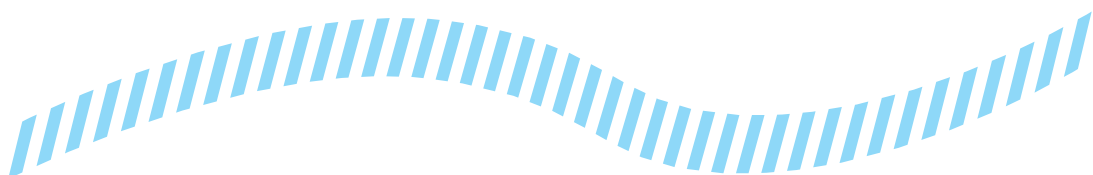
del primer mundo y otro que ni siquiera es África. ¿Cómo hacemos frente a este país?

Tenemos dos economías, dos sociedades. ¿Cómo vamos a resolver el tema de la exclusión social? Es un fenómeno absolutamente desconocido para una Argentina que se caracterizó justamente por haber construido la mayor inclusión social de América Latina. ¿Cómo vamos a resolver el problema de la representatividad de los partidos políticos? ¿Cómo vamos a resolver tener un Congreso que no tiene nada que ver con la sociedad?

Los intelectuales argentinos se han acostumbrado a fundar una premisa y luego construir sobre ella. Después ya no se vuelve a discutir. Los intelectuales socialdemócratas fundaron la premisa, por ejemplo, de que el proceso revolucionario que se armó a fines del 60 y principios del 70 fue producto de que, cuando se intervino la Universidad y entraron a los garrotazos los militares, los estudiantes no pudieron hacer más política en la Universidad, salieron a la calle y entonces llevaron su conciencia, su ideología al pueblo y entonces el pueblo hizo la revolución.

¡Qué disparate! ¡Qué absurdo! Y sin embargo, esta es una premisa que está asentada. En ningún libro se piensa el proceso de incorporación de los sectores medios al peronismo si no es a partir de “la noche de los bastones largos”. No hay otra manera de pensarlo. Así fue instalada, es un axioma y nadie lo quiere discutir. La cosa fue al revés. Los obreros invadieron la universidad en los 60 porque no tenían nivel para participar en la modernización industrial que se empezó a producir con el desarrollismo. Entonces fuimos nosotros los que invadimos la universidad; los laburantes, no los estudiantes que salieron y convirtieron el movimiento social en revolución. Fue exactamente al revés. Todo esto hay que reformularlo, hay que romper premisas consagradas.

Mi mensaje era éste: la necesidad que tenemos de este tipo de actividades que dejen saldo y que nos permitan teorizar nuestra experiencia, razonarla para aplicarla a la resolución de los dramáticos problemas que tenemos hoy día.



El Instituto de Altos Estudios Juan Perón da la bienvenida a un nuevo colaborador, Miguel Gazzera. Nacido el 22 de mayo de 1922, en San Francisco, Córdoba, ha sido uno de los más destacados dirigentes de la historia del sindicalismo peronista.

Se inició en febrero de 1946 como Secretario de Actas del Sindicato de Obreros Fideeros de su ciudad natal. Al año siguiente participó en Buenos Aires en la creación de la Federación Argentina de Trabajadores de la Industria Fideera y Afines, oportunidad en la que conoció a Perón y a Evita.

En 1948 fue elegido Secretario General Adjunto de la Federación y luego Secretario General del Sindicato de Obreros Fideeros y Afines de la Capital Federal. En 1952 integró el Consejo Directivo de la Confederación General del Trabajo. En representación de la CGT integró la Comisión Nacional de Precios y Salarios y el Congreso Nacional de la Productividad.

El 22 de diciembre de 1955 fue arrestado y procesado bajo los cargos de "sabotajes reiterados" y "atentado contra la seguridad del Estado". Fue indultado

en 1958 por el gobierno de Frondizi, se incorporó como Secretario de Prensa de las "62 Organizaciones" y, luego de 1962, del Consejo Superior del Partido Justicialista. Fue reelegido Secretario General del Sindicato de Trabajadores de la Industria de Pastas Alimenticias.

En 1972 fue elegido Secretario General de la Federación de Trabajadores Latinoamericanos de la Industria de la Alimentación. Integró el Consejo Ejecutivo de la Central de Trabajadores Latinoamericanos, con sede en Venezuela, y luego fue Congresal de la Confederación Mundial del Trabajo, con sede en Bélgica.

Escribió y participó en la redacción de diversos libros, entre otros, *Peronismo y autocrítica*, *Nosotros los Dirigentes*, *Del Estado a la Revolución*, *La Revolución Argentina* y *el Pensamiento Argentino*. Ha recibido condecoraciones y distinciones de diversas universidades y organizaciones comunitarias, y del ex Presidente de Venezuela, Luis Herrera Campíns.

Miguel aportará toda su capacidad y experiencia para la realización de actividades académicas con organizaciones sindicales.

**Capital
Markets
Argentina**

Agregamos valor a su inversión.

Soluciones Financieras para PyMES

15 Años contribuyendo en el Mercado financiero

www.capitalmarkets.com.ar

SUMARIO



El Peronismo en los 70. Seminario

<i>Manuel Urriza</i>	1
<i>Carlos Fernández Pardo</i>	4
<i>Leopoldo Frenkel</i>	6
<i>Carlos Leyba</i>	7
<i>Ernesto Jaureche</i>	9



Bienvenido, Miguel	11
--------------------------	----



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS
JUAN PERÓN

Este Boletín es una publicación del Instituto de Altos Estudios Juan Perón, creado por disposición del Congreso Nacional del Partido Justicialista celebrado el 26 de marzo de 2004 el que aprobó la creación de una asociación civil sin fines de lucro que actuara como órgano de capacitación y formación del Partido Justicialista.

Aspiramos a que el Instituto de Altos Estudios Juan Perón se constituya en un ámbito dedicado a la investigación científica y doctrinaria y a la producción, sistematización y difusión de estudios, investigaciones y documentos destinados a profundizar y perfeccionar el sistema democrático, abordar los problemas nacionales, afianzar la justicia y la equidad social y proyectar a la Argentina en el mundo.

Para asociarse al Instituto no es necesario ser afiliado al Justicialismo. Sólo se requiere poseer título universitario o terciario, estudios avanzados en carreras de grado, o poseer una reconocida trayectoria en el desarrollo de tareas de índole político, social o cultural.

Vicepresidente: Silvio Maresca

Presidente: Antonio Cafiero

Para Informes e inscripciones: iaejuanperon@argentina.com

Reconquista 46 - Piso 9 - Buenos Aires - Tel.: (011) 4348-9601